

RAÚL DE ARMAS

# *El relámpago mudo*



**lfc** Luis  
Felipe  
Capriles  
EDITOR

*A Diego, mi hermano, por su luz.*



RAÚL DE ARMAS

# *El relámpago mudo*



**lfc** Luis  
Felipe  
Capriles  
EDITOR

*El relámpago mudo*

© Raúl de Armas

Luis Felipe Capriles Editor  
Primera edición. Caracas, 2022

Depósito legal: MI2022000188  
ISBN: 978-980-18-2704-7  
Diseño y portada: Gerónimo Guevara

Cuidado de edición:  
Luis F. Capriles Fanianos

Impreso en Venezuela por:  
Organización Gráficas Capriles C.A.

Este libro no podrá ser reproducido ni total  
ni parcialmente sin permiso del autor.  
Todos los derechos reservados.

## *Presentación*

Lo que tiene en sus manos es el primer libro de Raúl de Armas. Un primer libro es una apuesta riesgosa, una expectativa novísima y antiquísima, una puerta que da a una autopista milenaria, una interrogación severa a futuro. A veces es prematuro y hay que olvidarlo y hasta ocultarlo de por vida. O no tiene segundo porque enseña a quien lo engendra que el oficio es muy complicado. Y también puede ser una sólida base de un perdurable edificio, del cual será airosa entrada.

En el mundo de las artes al que le toca hacer de crítico siempre trabaja con apuestas pascalianamente hablando, no como los felices matemáticos que pueden alcanzar certezas. Por supuesto que las neuronas hacen lo suyo, pero también el olfato que es un sentido algo postergado. En cierto modo corre los mismos riesgos del autor y alguno adicional. Y sus recompensas, cuando las hay, son siempre muy menores, por altas que sean. Y sus fallas garrafales, no querer publicar o despotricar del Ulises, por ejemplo, son castigadas con severidad máxima. Bueno, conscientes de esto, yo apuesto las fichas que tengo a mano, todas, a que este que usted hojea es un gran primer libro de un joven escritor que mucho puede dar a la literatura nacional. Lo cual me contenta porque, como es sabido, vivimos en el subsuelo de la historia y

todo lo que brilla es esperanza. Y, además, porque soy de los que poco gusta de nuestra tradición narrativa, con excepciones claro.

Desde la primera hasta la última línea de este libro cabalga una prosa de una rara intensidad, o espesor me suena más. Me explico: es una escritura hecha para contar, con una fuerte carga realista, detallista a veces, que no pierde nunca sus obligaciones con sus anécdotas y su entorno y, sin embargo, la ensambla con un nivel metafórico, adjetival, igualmente incesante, lujurioso y osado, sobre todo extremadamente suyo que la hace siempre sorpresiva y estupenda. Este equilibrio entre respeto riguroso al sentido y el vuelo poético, terrenal y aérea de manera muy maciza en ambos casos, nos convence más allá de cualquier otra cualidad, que estamos ante un escritor de inequívoco fuste, de diestra y personalísima factura. Y lo del libro inaugural y destinado a fundar este solo rasgo lo confirma.

Pero hay algo no menos importante. Importantísimo. El autor cuenta y cuenta como se debe, si no repare en el séptimo de los cuentos el contraste y el equilibrio magníficos entre el suspenso y la tragedia de la anécdota y la serena perennidad y la belleza de la naturaleza que le sirve de escenografía, solo verbi-gracia.

Pero a la vez va pensando con una enorme libertad y a veces en los márgenes mismos de la historia. Y piensa sobre los temas que sugiere el relato, así sean metafísicos, morales, sociales ... sin caer en el tratadismo ni la erudición, en las notas a pie de página, sino como parte del cuento del contador que nunca se aparta de la vida vivida, la suya y la de la especie que entra y sale de la historia. Esto lo hace buscar otra trascendencia para su literatura que ser simplemente literatura, la hace también breviario de vida, hoja de ruta, conversación junto a la fogata del vivir hecho cuento.

Es un libro, por último, que muestra una enorme curiosidad por ir descubriendo el país. Hasta un país que está de ida, de peleas de gallos o remotos confines en trance de apagarse. Pero no aparece el presente exclamativo e inmediato, la Venezuela martirizada y desbaratada de hoy, la Venezuela de Chávez, que por lo demás es la única que ha conocido a sus veintitantos y que parecería ineludible a un narrador de temperamento realista y de vocación indagatoria. No sé el porqué, ni lo he preguntado. Me fascina ese país a secas, vivo e intemporal, soberbio de su realidad. En parte debe ser porque oigo demasiadas noticias y escribo sobre política. Y porque pienso que ya aparecerá.

*Fernando Rodríguez.*



## *Prólogo*

Conozco a Raúl de Armas desde el año 2015 en que había recién ingresado a la Universidad Metropolitana y estuvo en dos de mis clases. Desde que fue mi alumno nunca hemos dejado de estar en contacto. Pasaba por mi oficina en el Celaup y hablábamos siempre de lo mismo, hablábamos de literatura. A lo largo de mis años como profesor he atestiguado muchas promesas de promesas literarias. La palabra es equívoca porque tiene algo de un cumplimiento posible pero eventual. Usualmente el deseo de escribir viene sustentado en el puro deseo que tampoco sostiene nada si no se acompaña con un proceso riguroso y disciplinado de lecturas, lecturas y más lecturas. Hay algunos ilusionados que creen en los talleres de redacción: allí sólo se compara, se opina, pero no se aprende a escribir. Los que hemos escogido la literatura como forma de vida, en ese pacto que en que llegamos al país de la literatura y botamos los remos antes de llegar a la orilla, sabemos que el viaje no tiene retorno, que será duro, que probablemente no veremos sino nuestro esfuerzo y que, a cambio de él, sólo recibiremos más de nuestro propio esfuerzo. He recibido muchos manuscritos de alumnos, básicamente porque en mi clase leemos novelas como parte del curso y los aliento a escribir pero especialmente a leer. Sin ese maridaje indisoluble entre lectura y escritura no existe la literatura, y tampoco implica

que leyendo aprendamos a escribir: nos bastará contemplar cómo los otros lo hacen para que nos atrevamos a hacerlo. Nadie puede sino encontrar su voz que no es otra cosa que el estilo que no es otra cosa que el hombre. Transitar por la literatura urde el viaje indetenible con la realidad y a la vez sin ella como todos esos gatos de Schrödinger que son y no son al mismo tiempo sin que nadie entienda del todo esa simultaneidad. Porque la literatura nunca se parece del todo a la realidad, de hecho, existe para escapar de ella. Asomarse a un manuscrito es reconocer si el viajero confirma que tiene la certeza de ese billete de ida de un solo destino al país de la literatura porque una vez que se llega no se cambia de domicilio. De modo que se es viajero con residencia o no; los sellos en ese pasaporte no son múltiples y tienen una sola tinta y jamás será indeleble.

Cuando recibí el manuscrito de Raúl de Armas y me obligué a leerlo, temí aceptarlo porque en estos afanes no se puede mentir y uno se convierte en el simpático o despreciable funcionario de migración que te puede devolver a tu país de origen y decirte que no tienes suficientes méritos para ingresar en el país del no retorno. Naturalmente, pueden hacerse varios intentos, pero si de una vez no ingresas tendrás problema de legalidad en la comarca imaginaria. De modo que contemplé el sobre, no lo abrí sino cuando pude dedicarme a hacerlo, y al comenzar no pude abandonar la lectura, no por un sentido autoimpuesto del deber, sino porque empezaron a gustarme y con un entusiasmo desbordado, y de repente habían desaparecido las barreras, las exigencias, los sellos y los pasaportes y éramos ciudadanos de esa república que habita entre las páginas. Raúl escribe en su cuento «El relámpago mudo»: «Basta quedarse con lo justo y necesario: un oficio, una casa, una mujer obediente, una mata para regar. Lo demás es ruido». Pues bien, estos cuentos me han hecho pensar que Raúl de Armas no carga con la desdicha de

una promesa, sino que ha comenzado su escritura buscando sus propios sonidos. El libro que le acredita su primer refugio se llama como el cuento mencionado y esta formado por diez cuentos. Una vez le escuché decir al escritor Oscar Marcano en la presentación de una obra de la escritora española Rosa Regás que el cuento era como tener una sola bala en la recámara de una pistola. De modo que cuando la sacas, no te puedes equivocar: el disparo debe ser certero y único. Los cuentos que componen esta colección participan del asombro de atestiguar la dirección de esa bala. Y tienen todos sin excepción una intrigante característica: a medida que nos adentramos en ellos, parecen que no nos darán buenas noticias, algún cielo encapotado y rebelde se cierne con amenaza sobre nosotros; tal vez el ambiente no es de fiesta, no se espera una mañana radiante sino una perfecta tormenta que nunca se sabe cómo acabará. Hay algún eco lejano de Poe, Lovecraft o Arthur Machen, a quienes no sé si el autor habrá leído. El problema no es de identidad, sino que las metáforas son comunes a la humanidad como sostenían Francis Bacon y Jorge Luis Borges. No esperamos que nos engañen: que nos recuerden algún cielo azul para coleccionarlo. Pero las tormentas y el mal tiempo que vivimos en estos relatos nos sirven para pensar como le dice Quijote a Sancho: *Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo*. Y la frase la repetimos una y otra vez como un salvoconducto que nos dé refugio y tampoco lo sabemos con certeza, porque mientras nos debatimos en ello el autor se sale con la suya en la sorpresa literaria con la que nos ha dejado atrás.

Diversas frases me han encandilado en la lectura: «El guardabosques Omaña miró por primera y última vez a su muerte» (...) «Van nueve años desde que perdimos la felicidad» (...) «Nuestro problema es la decencia» (...) «Es una niñita marrón entre vehículos brillantes» (...) En materia de balas y recámaras,

a Raúl de Armas no se le agotarán las municiones como a su personaje Pancho Felizola. De ahora en adelante será fácil reconocerlo. Lo delata el país del que ya ufana residencia.

*Karl Krispin*

## *Pelea de gallos*

—¿Y qué es eso, apá?

—Estas son unas espuelas afiladiiitas, como colmillos de mapanare.

—¿Y pa' qué son?

—Para que el gallo Pancho gane la pelea.

El muchacho estaba sentado en el piso con las piernas cruzadas. La luz nívea de Maracay lo bañaba mientras observaba a su padre colocar unas espuelas en las patitas del ave. Desde el primer momento en que la vio en una jaula, el catire había reconocido que aquel pájaro era especial. Llevaba meses buscando un gallo prometedor. Lo buscó en Maracay, en la cuadra de los López. Lo buscó en Valencia, negociando con los desconfiados galleros valencianos. Lo buscó en La Guaira, en los callejones salados de Caraballeda. Y lo buscó y rebuscó en las faldas de Guatire y en las calles del Centro de Caracas, hasta que finalmente, casi en la desesperanza, lo encontró en una esquina del mercado Quinta Crespo.

—Con este volvemos a la ciudad, Jesuíto, te lo prometo. Seremos personas. Para eso lo entrené. Volveremos y pasearemos por las haciendas de cacao. Miraremos a las muchachas bonitas

e irás al liceo. Mamá comprará sus telas y coserá con la tía Emperatriz.

—¿Y si le pasa lo mismo que al otro? —preguntó el muchacho, dudoso.

—Este no es como el otro, ¡no compañero! Este es de raza, este salta y defiende, arremete y picotea sin echarse pa' atrás. Va y va, altivo como el general Sucre, firme como la mata de aguacate que tenemos atrás.

—¿Y si pierde, apá?

—No diga tonterías —repicó el catire, irritado—, yo conozco al gallo de Felizola. Se le ve mal por los costados, ovalado en el pico, la cresta le tapa los ojos. Ya me dijo don Bautista que es débil ante los de color rojo. Y mira al nuestro: rojiito como ají vivo. Y cuando abra las alas, ¡ay, el que lo vea! Tiene alas de halcón. En lo que el otro baje el cuello, Pancho lanza y el otro queda así: bombita y jevita para que el nuestro, ¡pah!, arremeta mortal, como un flechazo de indio caribe, Jesuító, directo en el pescuezo.

—¿Y si el otro también tiene garra, apá?, ¿y si se la clava?

—Claro que tiene, no va a tener. Pero no como ésta, mire, venga pa'ca, vea esto, sacúdase el miedo.

La panza del animal reposaba en la enorme mano del catire, que le servía como nido caliente. Una lámpara vigorosa permitía al gallo mostrar sus colores. Desde su cabeza, pequeña y nerviosa, reinaba una cresta carmesí que parecía una corona de reina. Las alas habían sido pulidas con una tijera de nariz, pues el catire le había quitado las imperfecciones a las plumas.

El niño se acercó y acarició al animal.

—Ayy, pollito lindo. Mañana ganas y nos devolvemos a la casita para recoger, ¿verdad, apá?

El gallo Pancho veía al niño sin inmutarse. Era un animalito pretencioso y serio. Sus espuelas traslucían un filo recién amolado.

—Sí, Jesuító, Pancho está cansado. Vaya hacer las maletas que salimos con el alba.

La mañana se levantó fría. El catire se había despertado antes que el sol, y no había dormido bien por la inminencia del evento. Se había acostado con la misma ropa del día anterior: un pantalón campestre con una camisa mostaza que le hacían ver más colosal de lo que ya era. Con esas mismas telas, sin mirar la ventana ni lavarse la cara, preparó un guayoyo para dirigirse al taller. El gallo se veía agitado. Movía las patas de un lado a otro, aleteaba intermitentemente. Intentó cacarear el amanecer y no pudo. El catire colocó la taza de café en el piso y quitó el bozal. Inmediatamente, cantó.

El hombre se exaltó. Era energía. Fuego pidiendo liberación. Bajo sus lentes de campesino sintió el fulgor del animal. Sonrió satisfecho, sin mostrar los dientes. Se sentía confiado, como macho que agarra al toro de la vida sin soltarlo. Agarró la caja y la montó en el copiloto de la vieja pick-up marrón. Los asientos de cuero y la carcasa de acero vibraron cuando encendió el motor. Jesuító se montó somnoliento, con lagañas en los ojos. Apenas le había dado tiempo para empacar lo necesario: un carrito de madera cuya ruedas se habían caído, un termo con agua, y una imagen de La Milagrosa que su madre le había encomendado. El niño ocupó el asiento trasero, pegado a la ventana, se abrochó la hebilla corroída, y a los cinco minutos quedó dormido.

Cada vez que el catire lo miraba por el retrovisor, sentía una mezcla de ternura y obligación que lo llevaba directo a las monedas de oro. «Con eso compro techo y carroza, con eso Jesuító sale adelante, se va del monte al mundo. Con eso agarro tres peones

y cuatro hectáreas en Mariche. Y siembro yuca y plátano y café, y lechosa y patilla y mango, y si alcanza, aguacate. Allá no hay este calor del demonio, no mijo, allá hay fresco y lluvia predecible. Y sobre todo, entre todas las cosas, allá hay billete carajo, billete pa' cubrir sabanas enteras, billete pa' complacer, y trabajo, y mujeres arregladas» —pensaba mientras manejaba por la carretera.

En el catire, la causa de la obligación era la ternura. Y la obligación era una cuestión de hombría, de jefe. Una hombría que solo podía ser implementada con dinero, fuerza y compañerismo. En el fondo de su coraza campestre, de esa vida dura y sin lujos, el cuidado de su hijo brotaba como un fruto de su masculinidad. Un fruto que sabía a amor. Era su compañerito, su heredero, su aprendiz. Y por eso debía enseñarle a ser hombre. Hombre macho que agarra al becerro y lo subyuga hasta tumbarlo, hasta hacerlo de él. Un macho que se respeta, que no baja cabeza, macho cuya mujer lo espera en casa. Macho que por las nuevas leyes y por la nueva civilidad del hombre debe pelear con gallos y no con las manos.

Eso le enervaba al catire. «Ya no se pueden resolver las cosas como antes —pensaba—, ya no hay duelos, ahora todo es indirecto, sutil, temeroso. Lo que no le hago yo a Felizola, y sí que se lo merece, lo hará mi gallo al escuálido gallo suyo. ¡Ay, papá!, deja que lo vea, ese no le limó el pico como yo. No sabe cómo, qué va a saber si todo se lo hacen. ¿Y qué va a hacer cuándo le ponga delante mi partida? ¿Qué va a hacer cuándo le digan que son treinta morocotas de cuerpo entero? Ese no arruga, no, no arruga: ese suelta porque puede, porque es el cuñado del presidente Medina».

Después de cuatro horas de camino, los Gómez llegaron a San Juan de Los Morros. La gallera se erguía como un estadio de fútbol. El estacionamiento estaba lleno de carros pesados y

caballos amarrados. Una tranquilidad de llano, de alcaravanes tristes y sabana solitaria, dominaba el aire de San Juan, cuya primera impresión, al bajarse del carro y notar que no existía ni un solo edificio, eran aquellas colosales formaciones de caliza llamadas Morros. El silencio parecía brotar de la base y de las grietas de esas piedras insólitas.

—¿Y esas montañas, apá?, ¿por qué son así?

El catire se había bajado del carro sin ver a sus alrededores. Tenía las manos sudadas. Se las secó y fue directo a la puerta del copiloto para ver al gallo Pancho y a la bolsa de monedas. El animal estaba en el medio de la jaula.

—Pajarito valiente y buenmozo, carajo.

Entonces prestó atención a la pregunta de su hijo.

—Porque Dios lo quiso, muchacho. Agarre sus macundales y sígame.

El pueblo no tenía nada salvo ese evento y aquellos Morros, unas casitas bajas con tejas rojas, y muchos árboles con sombra. La paz se rompía con el bullicio de la gallera. Los Gómez caminaban resueltamente hacia la fuente del ruido. En una mano el catire llevaba la caja, y en la otra, la bolsa. El niño iba detrás, sujetando el cinturón de su padre, expectante y temeroso por los gritos a los que se adentraba.

—¡Cincuenta al Cancerbero!

—¡Venga, venga, ande!

—¡Treinta al Evaristo!

—¡Picotee, picotee!

El redondel se abrió ante los ojos del niño. Parecía un coliseo. La arena vibraba de manotazos y aletazos, de picoteos, ráfagas y saltos. La gente se abalanzaba sobre el espectáculo. Las gradas vibraban por la agitación público.

— ¡¡¡Arremeta Evaristo, arremeta!!!

— ¡¡Quince al Cancerbero, van doscientos!!

— ¡¡¡Dale, dale, dale! ¡Gallo bravo, gallo bravo!!!

El juez paseaba por el arenal con dos costales en cada hombro. Iba recolectando dinero entre zarpazos e injurias. Una lluvia de cerveza fría cayó en el redondel y todos voltearon hacia arriba con miedo, al asiento que desde los más alto dominaba el lugar. Un hombre en traje de seda se sentaba en una poltrona vinotinto. Tenía los brazos entre las piernas y estaba rodeado de mujeres y peones. Con su nariz aguda y una mirada de buitre puntualizó el origen del escándalo. No dijo nada, pues en ese momento aparecía el catire Gómez en la arena. Uno de los gallos perdió después de un arañazo en el ojo.

— ¡Se echó!

— ¡¡Florentino quedó pendejo!!

— ¡Está listo, juez, está listo!

— ¡Hasta que deje de respirar!

El derrotado se acostó en el borde de la plaza. Respiraba moribundo, pesado, con el cuello ahogándose en sangre mientras el victorioso seguía atacándolo. Picotazo tras picotazo, sin piedad. Una especie de canibalismo controlaba al otro gallo. Le pinchaba las alas con el pico, el cuerpo con las garras. Saltaba sobre él ya tendido, ya asfixiado, ya muerto. Tres débiles exhalaciones, tres últimos suspiros, y el juez detuvo la pelea. La vida cesó. Bajaron las jaulas y se acercaron los galleros. El juez levantó el brazo de uno, bajito y con pollina de indio. Lo anunció como el ganador, y le entregó dos sacos con notas, monedas, joyas, billetes y relojes.

Apenas entró, el catire miró a Felizola y no hizo más que preparar al gallo Pancho. Simulaba que la presencia del caudillo

no le importaba. Solo quería matar a su gallo, ridiculizarlo, enriquecerse. Sus manos acariciaban toscamente el cuerpecito del ave mientras la preparaba.

—Este gallo está listo.

Felizola se levantó para realizar unas señas. Se quitó la chaqueta y dejó ver el arma. Un revolver 38' con forro de tela beige colgaba de su cintura. Dos hombres entraron al tropel con una caja de ébano. Sacaron al gallo amarillo y grande de Felizola para que el juez hiciera la revisión. El catire se acercó con su gallo, dejando al niño con un amigo. El estruendo empezaba a coger fuerzas.

—¡Diez al Pancho que paga doble!

—¡Quince al campeón, al imbatible, al del jefe!

—¡Ronda segura!

Inspeccionadas las aves, fueron colocadas por el juez y su ayudante en las jaulas oficiales. Estaban agitadas por la cercanía, envalentonadas por el ambiente. Una cuerda las levantó y las dejó suspendidas en el aire mientras se recolectaban las apuestas. La polea rechinaba por falta de aceite, y una cuerda deshilachada sostenía ambas cajas, que se mecían por el revoloteo de los pájaros. Felizola permanecía de pie, apoyado en la baranda de madera, presidiendo el lugar. La gallera era suya, suya como las mujeres y el temor de los hombres. El catire, en cambio, acompañado por dos compañeros y por el niño impávido, mantenía su tensión detrás de unos pequeños anteojos.

—Vamos Pancho —susurró para sí mismo—, gallo buenmozo y guerrero, carajo.

—Se quitó la chaqueta —comentó el compadre de la derecha.

—Que se la quite —respondió el catire—. Los machos pelean arremangados.

El custodio recogió las apuestas. Las bolsas eran más grandes y pesadas que la pelea anterior.

— ¡¡Cinco fichas para el gallo pinto!!, ¡¡el favorito, el favorecido!!

— ¡Gana Pancho! ¡Ojo a la sorpresa!

— ¡Seis para el gallo Pancho! ¡Que paga doble!

El catire volvió al redondel. Un galope de caballos, de truenos, de humo verde incendiaba el lugar. Habían empezado los golpes y los zapatazos. Y cuando vieron la bolsa de papa que cayó en la arena, aludiendo a una apuesta personal entre los dueños, la multitud estalló. Empujones y gritos borbotaron.

— ¡¡Ajá!! ¡El catire camina confiado! ¡¡Ese sabe lo que hace!!

— ¡El hombre muere por ambicioso!

Desde el podio, Felizola se agitó. Su corazón latía impetuosamente debajo de su camisa sudada. Pero ese alud de incomodidad, que sentía cada vez que lo cuestionaban, fue sepultado por una secuencia de movimientos violentos que terminaron en una sonrisa triste y sin dirección. Esperaba las reacciones del Catire, pero evitaba su mirada. A su orden, los peones salieron de la multitud para responder al reto. Entregaron una bolsa con tres kilos de morocotas oficiales, directas del tesoro nacional.

— ¡Ahora sí se puso buena la vaina!

— ¡¡Cuatro y maraca, carajo!!

— ¡¡Suéltelo, jueeez!!

Las cajas empezaron a descender. Un intenso aroma de ron abarcó el lugar. Un ambiente de bar y violencia, de groserías y fraternidad, de eructos y provocaciones ahogaba la gallera. Era llano recio, llano de hombres toscos gritando por diversión, por novedad. Se quemaron tabacos y cigarros al tiempo que el joropo, desordenado y desafinado, se amontonaba con los aplausos y

con los golpes al aluminio. El piso temblaba. Las luces refulgían. Las cajas penduleaban ansiosamente. Era un estrépito de concierto, de coliseo, de vísceras, de desahogo.

—¡Se abrió la Caja de Pandora!

—¡Que se maten carajo!

—¡Hoy cenamos con El Silbón!

Los gallos se acercaron iracundos y sedientos de cólera. Los dueños miraban perplejos dentro de una muchedumbre extasiada. Cinco arañazos y varios picotazos sentenciaron el combate. El duelo no duró ni un minuto. El gallo de Felizola se amilanó apenas el gallo Pancho abrió sus alas, tal como el catire había pronosticado. La espuela derecha abría y la izquierda despellejaba. El pico naranja se adentraba reiteradamente al cuerpecito amarillo del gallo de Felizola, cuya cabeza y papada, después de varias arremetidas, quedó como una nuez agujerada. Cuando vieron al pinto arrinconado y con la barriga contra el suelo, apenas respirando, el catire apretó la baranda. Lo había logrado, finalmente sería un varón respetable. Un ciudadano con la ferocidad del campo.

Felizola miraba indignado.

—¡¡Ganó la sorpresa!!

Un último picotazo a la nuca hizo saltar un chorro de sangre a los pies del juez. Felizola no se contuvo. Perdía el prestigio. El respeto moría con aquel pajarraco débil. El respeto lo es todo. Sentía las miradas sentenciosas de su corte. Lo cuestionaban, lo juzgaban. Ya no era el jefe. Se mordió los labios de una manera suicida y desenvainó el revólver.

—¡¡Al suelo!! —gritó alguien.

Cuatro tiros seguidos retumbaron en el lugar. Al darse cuenta de que no acertaba a su blanco, que era el gallo Pancho,

Felizola escogió al catire. No lo vio en la multitud, pero no pensaba, macho que se respeta no piensa cuando pelea. Sólo dirigió el cañón hacia el sitio donde recordaba que su enemigo estaría. Con una sola mano, vacilante y con la mirada esparcida, vació los tiros restantes. La música dejó de sonar. La gente desocupó la gallera, gritaban, se escondían detrás del tropel.

—¡¡Agárrenlo!!

El catire Gómez se levantó del suelo, lo había cubierto la defensa de aluminio.

—¡Quítenle el arma!

Una turbación lo desconectó del momento.

—¡Se le acabaron los tiros!

Reconoció que no estaba en su lugar original, que era la plaza inmediata a la entrada de la gallera. Ahora estaba en un costado. Al oír los impactos se escondió donde pudo. La ira dominaba su cuerpo. Como un animal, saltó la baranda y corrió hacia Felizola. Felizola estaba solo cuando el Catire lo revolcó en la arena. Lo tomó del cuello y lo golpeó hasta dejarlo inconsciente. Cuando le gritaron que parara, que lo iba a matar, que la policía venía en camino, el catire se desabrochó los pantalones y le orinó encima. El líquido caliente sobre el bigote negro le dio una satisfacción efímera. Esa era la humillación que necesitaba. Por un momento sintió la frágil paz de la venganza. Pero alguien lo llamó con desespero. Un navajazo de arrepentimiento rasgó su conciencia. Corrió a donde debía estar Jesuíto. El presagio se hizo real cuando escuchó la voz quebrada de su amigo. El cuerpito del niño se sangraba detrás de la baranda. De sus anteojos empañados traslucía el peor dolor que un hombre podía sentir. La ambición se desmoronaba mientras trataba de reaccionar, de saber, de entender qué carajo sucedía. Él no sabía nada. Sólo culpaba a Felizola. Lo quería matar viendo a su hijo morir. Todo giraba y se

amontonaba. Todo chocaba. Era humo, arena, gritos, peligro. La cólera se había convertido en miedo, en pena, en desgracia. Sus ojos estaban a punto de estallar, de romperse como un vidrio.

El catire volteó al arenal para comprobar si la amenaza había cesado. Jesuíto estaba a sus pies, lívido, confundido. Teniéndolos a la vista, no vio a Felizola ni a nadie. Sólo notó el dorado de las morocotas brillando en el suelo. Hubiese jurado que eran ojos de tigre, estrellas en la arena. Todavía las deseaba. Creyó que estaba en un sueño. La realidad parecía era irreal. Como si todo se hubiese pasmado, el presente se tornó incomprensible.

Nunca volvió de ese estado, pero cuando creyó volver, justo en ese instante, congelado de pavor e indecisión, volvió a sentir el calor de Jesuíto, quien respirando pesadamente hizo un último esfuerzo para preguntar:

—¿Y si muero, apá...? ¿Y si muero como los gallitos...?

*Aquí termina la muestra.*

El relámpago mudo

Raúl de Armas

Pide tu ejemplar por WhatsApp: +58 424 136 7173

[luisfelipecaprileseditor.com](https://luisfelipecaprileseditor.com)